

Carrillo en Moscú

GRAVISIMAS ACUSACIONES AL EJERCITO Y A FRAGA

La «comedia Carrillo» no ha engañado a nadie. La táctica marxista, a veces le hace la competencia a «La Comédie Française», por poner un ejemplo acreditado, en los medios progres, de calidad escénica.

Lenin disfrazándose de obrero —sí, el señorito Ulianov, para que nadie le conociera, encontró que el mejor recurso era caracterizarse de proletario. ¡Estaba tan lejos del aspecto obrero el burgués Vladimir Ilich!— y Lenin, maestro en fugas —¡cuántas veces mientras sus camaradas eran cazados por la Okhrana, él se había ido justo media hora antes de que llegaran los policías zaristas, acaso merced al soplo de su protegido Malinovski?—, se disfrazó con peluca, dando así pie para que Carrillo, en sus paseos de «fuera de la ley», copiara un tan acreditado procedimiento... Lenin fue, pues, el ejemplo de las máscaras que ha seguido fielmente su partido bolchevique.

En Moscú, en las celebraciones del sesenta aniversario del octubre revolucionario, no ha sido el recital individual, sino toda una obra cómica con la debida distanciamiento a lo Bertol Brecht y con una segunda lectura a lo Harold Pinter. Carrillo el réprobo... Carrillo el marginado... Carrillo el díscolo... Y el Kremlin, tan tranquilo. Y la K.G.B., sin registrarle en la aduana. Y los micrófonos de la habitación del hotel, sin funcionar. Y la sargento matrona del pasillo,

sin enseñarle los dientes de mastín. Y los sótanos de la Lubianka, vacíos. Y el Centro de España, abierto de brazos... Para algo la URSS es una democracia en la que entran amigos o enemigos libremente. Una democracia en la que cualquier disidente monta su tingladillo en la Plaza Roja, como en un Hyde Park cualquiera, para explicar su eurocomunismo particular.

La comedia ha sido representada. Los dos primeros actos, han pasado ya. El tercero, nos lo sabemos antes de que nos den noticia de él. Cuando caiga el telón —de acero, claro—, Carrillo volverá a ser el malo de la farsa para los autores de Moscú.

En el primer acto, que ya conocen los lectores, Carrillo era el hombre mal visto por el Kremlin, porque su teoría, tan democrática ella, del eurocomunismo, significaba romper el bloque granítico que ni Tito consiguió agrietar del todo.

En el segundo acto, Carrillo, pese a no ser invitado nominalmente, va, como el hijo pródigo a Moscú, como el moro a la Kaaba. Besa la piedra negra y se desgarran las vestiduras. Y, según cuenta el corresponsal de ABC, acusa a su ingenuo presentador en el Club Siglo XXI, el procurador Fraga, de asesino; de genocida en los disturbios de Vitoria, y de criminal en la trampa sadúcea, pero con sangre, de Montejurra. Menos mal que Fraga puede aducir en su descargo que está loco, según ha acreditado el propio acusador. Al tiempo, y seguimos el hilo de



ABC, ha hecho otra gravísima acusación contra el Ejército, o parte del Ejército, a quien mete en una conspiración con Fraga para romper la democracia.

El público asistente contiene la respiración para ver lo que ocurre cuando el hijo pródigo cae de hinojos exclamando el desgarrador gemido de fidelidad: «Nada ni nadie nos llevará a romper con la URSS.» Mientras, de entre las bambalinas, sale la voz de La Pasionaria apuntando aquello de «la gran patria soviética».

En el tercer acto, la voz del amo clamará: «Vete, hijo desnaturalizado; vete y haz la democracia eurocomunista española... Y

sólo cuando esté cebada y bien cebada tráela para adornar la corona de repúblicas soviéticas.»

La burguesía aplaudirá divertida. Los millonarios de antes del franquismo, del franquismo y de después del franquismo, lanzarán sus bravos. Los intelectuales —esa «inteligentzia» que tanto odiaba Lenin— adjetivarán con sus mejores trinos.

Y Carrillo, como gran actor, llega a Barajas, perdón, se asoma al proscenio y saluda al respetable, es un decir. Pero antes de que caiga el telón, de acero, por supuesto, dirá algo así como: «La salida hacia las "checas" por el centro, por favor.»